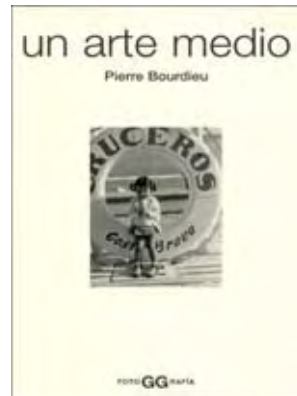


Maximiliano Korstanje*

La Fotografía en Pierre Bourdieu y el problema de la integración social**

Pierre Bourdieu



La siguiente reseña se orienta a la obra de Pierre Bordieu, *Un Arte Medio: ensayo sobre los usos sociales de la fotografía*, libro publicado por vez primera en versión francesa en 1965, y traducido en español en 2003 por Tununa Mercado. En este trabajo de inmensa calidad académica, la preocupación principal del autor radica en estudiar a la fotografía como forma o proceso ritual específico. Bordieu, comienza introductoriamente preguntándose: ¿Por qué la actividad fotográfica tiene tal predisposición a ser difundida que son muy pocos los hogares, al menos en las ciudades, que no poseen una

* Licencia en Turismo y Doctor (c) en Psicología social. Universidad de Palermo, Argentina. Billinghurst 488, piso 5, Depto. C, Buenos Aires, CP 1174. E-mail: maxikorstanje@hotmail.com

** 2003. *Un Arte Medio: ensayo sobre los usos sociales de la fotografía*. Barcelona: Gustavo Gili.

cámara? Según el sociólogo francés, los recursos económicos y la fotografía están estrechamente ligados entre sí, debido a que la posesión de la misma como fuente tecnológica se encuentra vinculada a los ingresos (económicos). No obstante, estas motivaciones se ven frenadas por ciertas restricciones que a la vez impiden su desenvolvimiento natural.

Al respecto, el autor advierte que “el hecho de tomar fotografías, de conservarlas o de mirarlas puede aportar satisfacciones en cinco campos: la protección contra el paso del tiempo, la comunicación con los demás y la expresión de sentimientos, la realización de uno mismo, el prestigio social, la distracción o la evasión. Más concretamente, la fotografía tendría como función ayudar a sobrellevar la angustia suscitada por el paso del tiempo, ya sea proporcionando un sustituto mágico de lo que éste se ha llevado, ya sea supliendo las fallas de la memoria y sirviendo de punto de apoyo a la evocación de recuerdos asociados” (52).

Lo que el autor expone sugiere la idea de ver en la fotografía una especie de evasión social. Hecho que deriva de la angustia propia por el paso del tiempo. Aquí, Bourdieu pone sobre la mesa uno de los primeros problemas que se suscitan en el campo de la psicología de las motivaciones asociada a la fotografía. Las funciones psicológicas, tal cual son vividas o experimentadas por el sujeto disimulan y tergiversan las causas reales del fenómeno. Abordar el tema desde el punto de vista del agente se convierte entonces en un error metodológico. De esta forma, el autor lleva el análisis fotográfico del campo subjetivo de la psicología motivacional al campo estructural de la sociología del rol. La relación de la fotografía como fenómeno se orienta al rol que cumple el individuo en su grupo más que a las motivaciones internas de éste para con ella: “De hecho, uno se condena a la universalidad abstracta de las necesidades o de las motivaciones en la medida en que se disocia las aspiraciones de la situación concreta en la que surgen y de la que son indisociables, situación objetivamente determinada por las imposiciones económicas y las normas sociales” (53).

En efecto, entender la influencia de la fotografía en las “clases populares”, es primero abordar el fenómeno desde la perspectiva del rol por la suposición de que ciertos atributos de grupo condicionan tal práctica. Por tanto, sugiere Bourdieu existen elementos estructurales que condicionan las motivaciones y necesidades individuales. Así, “vemos pues que la relación con un bien cualquiera encierra siempre la referencia oscura a la particularidad concreta de la situación objetiva que lo califica, inmediatamente, como accesible o inaccesible” (54).

En este sentido y como no podía ser de otra manera, la hipótesis sostenida por el sociólogo francés apunta al desarrollo de los factores tecnológicos como forma implícita de permiso y prohibición normativo. El punto central resalta una y otra vez en su ensayo, versa en la objetivación (indicativa e imperativa) que cualquier bien tiene con la posibilidad de adquirirlo. Cuando un obrero dice “no es para nosotros”, lo que está diciendo es que ese objeto sólo sería para nosotros si fuésemos otros. Existe un juego de seducción y rechazo en las objetivaciones materiales como formas específicas de integración y disgregación.

Ficción de explicación y explicación de ficciones: la psicología de las motivaciones deja por lo tanto sin respuesta la cuestión de por qué la fotografía ha conocido una difusión tan amplia, a pesar de que no responde a una necesidad primaria, es decir, natural, ni tampoco a una necesidad secundaria, creada y mantenida por la educación, como sería la visita de museos o la asistencia a conciertos (56).

Es posible que Bourdieu tenga razón en pensar de esta forma. Sin embargo, redobla la apuesta, al intentar abordar el problema desde una lógica extensiva y no performativa. En otras palabras, la fotografía es un fenómeno masivo y como tal se da por implícito que no obedece a una necesidad subjetiva (intrapicológica). Desde esta perspectiva sociologista, Bourdieu está convencido de que la fotografía refuerza la cohesión grupal, reformulando un sentimiento de unidad cuya expresión más común son aquellas imágenes tomadas en el seno de un grupo familiar o en sus vacaciones. En este sentido, el autor afirma “precisamente porque la fotografía es un rito del culto doméstico, en el que la familia es la vez sujeto y objeto, la necesidad de fotografiar se siente más vivamente cuando el grupo está más integrado, cuando atraviesa por su momento de mayor integración” (57).

Esta explicación teórica le sirve a Bourdieu para sustentar la rápida expansión de la fotografía desde 1900 hasta nuestros días. Como una forma de intercambio y reciprocidad, la misma entra en el circuito de los dones en el mejor sentido maussiano. Uno de los momentos en que esto es más visible, es en la boda o en los bautismos, espacios dedicados al intercambio de regalos por fotografías.

En este sentido, Bourdieu presupone (como lo ha hecho Durkheim) que la fiesta tiene la función de unificar al grupo y no de dividirlo. Partiendo de esta base, la fotografía es una forma de solemnizar el momento (sagrado). “En el caso de la boda, la imagen que fija para la eternidad al grupo reunido o, mejor dicho, a la reunión de dos grupos, se inscribe necesariamente en un ritual cuya función es consagrar, es decir, sancionar y santificar, la unión de dos grupos que se realiza a través de la unión de dos individuos” (59).

Asimismo, otras festividades como los bautizos, las ferias de los campesinos, también ameritan la presencia de este avance tecnológico. Esta clase de eventos, donde los niños se convertían en el centro de atracción, comenzaron a tener protagonismo recién a partir de 1945.

La segunda hipótesis que irremediamente surge de estas observaciones es que a medida que se les otorga mayor significación a los niños y a su madre, se incrementa la costumbre de fotografiarlos. Este hecho, a su vez, se explica por la división del trabajo social. En otras palabras, la mujer encarna la idea del mantenimiento emocional de los vínculos familiares; para quienes se encuentran lejos del seno hogareño, la fotografía es el vínculo y la capacidad de mantenerse normativamente unido al grupo matriz.

El status y el prestigio, también se configuran como dos elementos sociológicos que deben ser analizados junto a la fotografía. Esta última implica un homenaje, un trofeo que refuerza la idea de pertenencia al grupo social y una consecuente contraprestación por el honor recibido. “Dejarse fotografiar, es aceptar el testimonio de la propia presencia cuenta y que es la contrapartida obligada del homenaje que ha recibido a través de la invitación; es poner de manifiesto, al mismo tiempo, que se entiende el honor de haber sido invitado a participar y que se participa para rendir ese honor” (61).

Para Pierre Bordieu, aquello que busca la fotografía no son individuos sino roles sociales objetivados bajo un parámetro de reciprocidad común y en consecuencia un proceso específico de sacralización grupal. Hecho que, obviamente, explica por qué las mismas se guardan celosamente en álbumes o cajas establecidas para tal fin. La tensión entre publicidad y privacidad, también se observa en la disposición de las fotografías dentro del hogar. Existe toda una gama de fotos que pueden ser exhibidas en el comedor central y otras que van haciéndose presentes a medida que uno se adentra en la intimidad del hogar (otras ni siquiera son exhibidas).

Las fotografías ceremoniales son demasiado solemnes o demasiado íntimas para ser expuestas en el espacio de la vida cotidiana; el sitio que les corresponde es la habitación más lujosa, el salón, o si se trata de algunas más personales, como las de parientes fallecidos, el dormitorio, junto a las imágenes piadosas, el crucifijo y el boj de bendecidos (63)

Pero lo expuesto hasta el momento no explica certeramente ¿por qué el uso desmedido de las fotografías en las vacaciones? Nuevamente, Bourdieu insiste con su tesis sobre el acercamiento de los vínculos familiares. Según el autor, las vacaciones supondrían, de alguna u otra forma, una formulación

y revitalización de los lazos sociales. Más específicamente, “las vacaciones... son días de una intensa actividad fotográfica porque, en cierto modo, son uno de los momentos más intensos de la vida familiar (especialmente las de navidad), durante los cuales se vuelven a crear lazos con los parientes lejanos y se intensifican, mediante el intercambio de visitas y regalos, las relaciones con los parientes cercanos. Por otra parte, en las clases superiores, el aumento del porcentaje de fotografías de paisajes, en detrimento de las tradicionales vacaciones, significaría en alguna medida, que los lazos que habitualmente se estrechan durante las vacaciones entre la familia nuclear y la familia lejana se han debilitado” (64).

En este contexto, las vacaciones como formas rituales no son otra cosa que un re-acomodamiento de los lazos cotidianos. Metodológicamente, el objeto sobre el cual cae la fotografía explicaría la composición familiar. Estudiando las distancias y los sujetos, los cuales se convierten en protagonistas de estos momentos, pueden reconstruirse ciertas dinámicas de grupo. En consecuencia, el turismo puede entenderse como una actividad que implica una ruptura con el mundo cotidiano, y la forma ritual de articular esas disrupciones es la fotografía.

Por otro lado, Bourdieu explica que el niño como figura implica una integración familiar por sí mismo. Cuando nace un niño, todo el grupo familiar sea éste lejano o cercano, se reúne para darle la bienvenida al nuevo integrante. Los lazos de parentesco, a pesar de la dispersión que éstos puedan sufrir, se juntan alrededor de los nacimientos. Efectivamente, sostiene el sociólogo francés, la mayoría de las fotos registradas en esta clase de contextos tiene niños presentes en ellas. Para ser más exactos, más de las tres cuartas partes de las fotos representan a “grupos” y más de la mitad a “niños pequeños”, sea solos o posando con adultos. Los momentos más “euforizantes” del ritual se objetivan por medio de una imagen, la cual por ser estática puede ser intercambiada reforzando el lazo de solidaridad intra-grupal.

Según el grado de interacción en el grupo familiar, según la intensidad de los vínculos que mantiene con los ascendientes y los colaterales, la lista de destinatarios de derecho puede variar; pero cuando se trata de fotografías de niños, los abuelos, los colaterales (sobre todo los maternos) y la madrina figuran siempre en ella. La dispersión geográfica de parientes exige más que nunca la consolidación periódica de los lazos de parentesco; y la fotografía cumple esa función mucho mejor que el siempre intercambio de cartas (64).

Esta idea, a su vez, despierta nuevas preguntas más interesantes aún, tales como ¿Qué efectos tiene sobre el grupo el acaparamiento de estos avances tecnológicos? ¿Quiénes sacan las fotos? ¿Qué relación hay entre el manejo

de la tecnología y la autoridad? Si bien Bourdieu no se hace directamente estas preguntas, su posición implícita nos invita a responderlas, casi textualmente. En la vida fuera de las grandes ciudades, el campesino delega a un “experto” el arte de fotografiar, por el contrario en las zonas urbanas, es el padre de familia quien toma el control de la situación por medio del manejo de la cámara. En este sentido, existe una correlación explicativa entre el estatus, el rol ejercido de grupo y la capacidad de montar la imagen fotográfica. Según estos postulados, la aparición de la fotografía doméstica va paulatinamente acompañada de la separación entre las esferas pública y privada. “La voluntad de afirmar y consolidar la pertenencia al grupo familiar mediante el intercambio de la fotografía, es por lo tanto, una de las ocasiones para descubrir que la vida pública y la vida doméstica han dejado de obedecer, como antiguamente ocurría en la comunidad rural, a un solo y único cuerpo de normas” (68).

La posibilidad de uso de una cámara no tiene nada que ver con sus especificaciones técnicas. En efecto, la mayoría de las personas compran sofisticadas cámaras (que ni siquiera saben usar en forma completa) acorde aumenta su poder adquisitivo. En este punto, la práctica de la fotografía se disocia de la cámara como avance tecnológico en sí mismo. Teleológicamente, Bourdieu distingue (entonces) el campo de lo fotografiable como espacio social de relaciones temporales y de lo exótico -por ejemplo los turistas fotografían los lugares que no conocen, precisamente por ello, mientras que los residentes locales no lo hacen-; y el campo de lo no fotografiable, sustentado por lo cotidiano y lo conocido.

La estrechez y homogeneidad extremas del espacio de vida, el hecho de que la edad adulta transcurre en el mismo entorno que la infancia, excluyen el asombro, esa especie de leve extravío que nos empuja a mirar. Sorprende que el turista o extranjero fotografíe objetos de todos los días o personas familiares en sus ocupaciones cotidianas... el entorno familiar es lo que se ha visto siempre, sin mirar (72).

El turismo y la fotografía han estado históricamente ligados aunque no todas las impresiones se realizan en un tiempo turístico. Esto no es un hecho casual, sino más bien causal. Las vacaciones, según Bourdieu, se constituyen como uno de los tiempos de mayor importancia para el grupo familiar. La capacidad de fotografiar en las vacaciones no está, por ende, ligada al nivel de ingreso sino a la solemnidad que éstas ameritan. ¿Solemnidad en un espacio caracterizado por su informalidad? Bourdieu responde a tal cuestión de la siguiente manera: “en efecto, si la variedad de las ocasiones objetivas de fotografiar que están ligadas, por ejemplo, a la duración o al destino de las vacaciones, no implican ninguna modificación sensible en la cantidad de fotos que se hacen, ello responde a que depende menos de cuestiones tales

como la belleza de los paisajes o la diversidad de los lugares visitados, que de ocasiones socialmente definidas” (74).

Nuevamente, el autor encuentra oportunidad de sustentar su hipótesis con respecto a la función que la fotografía tiene sobre la vida familiar y sus vínculos de parentesco. Entonces, remata arguyendo “las fotografías de las vacaciones, por lo tanto, siguen siendo, en su mayoría, fotos de la vida familiar durante ese período” (74). Efectivamente, el turismo como proceso de desplazamiento geográfico implica cierta dispersión. Es notable como el término *diversión* en latín (prov. *divertere*) significa tomar distancia o hacerse a un lado. La movilidad como elemento que no sólo condiciona sino que además define al turismo en sí mismo, exige tomar distancia de los roles y las normas cotidianas, aunque más no sea temporalmente. Sin embargo, lejos de ver en el turismo un hecho desintegrador (que tal vez lo sea), la postura de Bourdieu sugiere todo lo contrario; las vacaciones deben comprenderse como procesos rituales de integración familiar.

Sin embargo, ¿no existe una contradicción en afirmar que en la unión no existe familiaridad? La postura de Bourdieu exige un esfuerzo intelectual de mayor envergadura para poder comprenderla. En algún punto, la cotidianeidad (lo homogéneo) parece tener un efecto disgregador, mientras que lo diferente invita a la cohesión grupal. Así, se comprende porque lo fotografiable, motivo de novedad y curiosidad, es lo diferente mientras que a la vez lo conocido que es la familia tiende a unirse. Un efecto similar, puede observarse en la filosofía heideggeriana que explica por qué un “inmigrante extranjero” tiende a unirse en un medio externo, aferrándose a sus costumbres y tradiciones mientras una vez retornado puede (tranquilamente) mofarse o burlarse de ellas. Pero este tema, precisamente, da mucha tela para cortar en otros trabajos. En concordancia con lo expuesto, la fotografía durante las vacaciones, permite crear verdaderos monumentos de la cotidianeidad. Una especie de trofeo, el cual por un lado certifica el haber estado ahí, mientras que por el otro supone una sustitución de la incertidumbre por la certeza objetiva de la propia imagen impresa. El viaje implica una posibilidad de resimbolización de los lugares por los que se lleva a cabo. El ejemplo de los novios fotografiando la Torre Eiffel como símbolo de su romanticismo, es pertinente para la ocasión. El ideograma surge de la relación dialéctica entre la solemnidad y la decoración. Siempre se puede fotografiar todo aunque en la práctica no todo es fotografiable.

Por último y luego de un profundo y extenso tratamiento del tema, Bourdieu sostiene: “la aspiración a una práctica orientada hacia fines estéticos no es sistemática o exclusivamente propia de los individuos más cultos, es decir, más aptos para aplicar a una actividad específica una disposición general adquirida por medio de la educación; más bien aparece en individuos que tienen en común una menor integración a la sociedad, ya sea por su edad, por su situación personal o profesional” (80).

Según sus observaciones y términos, los “fotógrafos más fanáticos” abundan entre los solteros, grupo que demostraría una solidaridad de grupo menor a la de los casados; y entre las familias sin hijos que en aquellas que los tienen, entre los jóvenes que entre los adultos, etc. Esta relación hipotética, nos recuerda la relación entre lazo social (idea muy durkheimiana presente en Bourdieu) y la capacidad de situarse como observador u observado. La posición en el grupo y la actitud para con éste, condicionan la posibilidad y la manera de llevar a cabo esta práctica social característica del mundo moderno: la fotografía.

Si bien el texto de Pierre Bourdieu es sugerente, coherente con su mismo desarrollo e invita a una profunda reflexión académica sobre el tema (a pesar de ser repetitivo y confuso en algunos pasajes); existen algunos escollos que deben ser analizados y discutidos de antemano.

El más importante de ellos, es la influencia de Emile Durkheim y los presupuestos que inextricablemente de éste pasaron a Bourdieu. El padre de la *Année Sociologique* pensaba que un grupo se aferraba a sus normas constitutivas a medida que aumentaba la presión y la hostilidad del medio donde éste se desenvuelve. A medida que el individuo iba dejando de lado las normas de su grupo, aparecían diversas patologías sociales como la anomia y el suicidio. En efecto, tanto uno como el otro tenían una causa social y no psíquica. Sin ir más lejos, en el *Suicidio*, Durkheim dice haber dado con un principio por el cual explica porque los judíos se suicidaban en cantidades menores a los protestantes y los católicos. Según su hipótesis, esto se daba por una supuesta condición de grupo minoritario en comparación a los otros dos colectivos. Esta condición, era para el autor, una causa unívoca y clara por la cual los individuos debían aferrarse a sus instituciones y en consecuencia propendían a suicidarse en menor cuantía (Durkheim 2004).

Sin embargo, aun cuando la explicación de Durkheim parezca elocuente es ciertamente falaz e insustentable. En primer lugar, la hostilidad del medio no garantiza el apego a la norma o a las instituciones sociales, sino por el

contrario, en muchos casos es la hostilidad ambiental la causa de la propia desintegración; para mayores detalles véase el caso de las minorías étnicas en los Estados Unidos y la mayoría relegada en Sudáfrica tras la imposición del Apartheid. La calidad de minoría o mayoría de un grupo, tampoco garantiza el apego normativo a las instituciones por parte de ese mismo colectivo (Clark 1968). Por otro lado, la explicación y el abordaje durkheimiano de la anomia tiene severos problemas para ser aplicado en contextos de inestabilidad institucional (Besnard 1993).

Si bien sería injusto de nuestra parte no valorar los aportes que Durkheim ha hecho con respecto a la solidaridad social, como bien ha señalado Besnard, su postura sobre la anomia y el sentido de la regulación es evidentemente errónea. “Desde sus orígenes, la palabra anomia ha estado rodeada de una confusión conceptual. La metamorfosis semántica sufrida, que argumentaremos aquí, está arraigada en la oscuridad relativa del concepto de los propios escritos de Durkheim. La noción de anomia está, sorprendentemente, mal elaborada en su trabajo. Por lo tanto, si deseamos establecer el contenido específicamente durkheimiano del concepto, debemos depurarlo en las connotaciones secundarias y parásitas que lo estorban y liberarlo en la red de conceptos en que está enmarañado” (Besnard 1993: 42).

El mismo problema se observa en el desarrollo de Bordieu, quien también presupone que las “clases” o grupos menos favorecidos económicamente (como lo son los grupos de obreros con respecto a los ejecutivos medios) tienen una cohesión grupal mayor a los más favorecidos, y por ende una tendencia a utilizar en mayor o menor medida las cámaras fotográficas. Suponer que esto es así, es olvidar que los grupos de menores recursos pueden bajo ciertos contextos experimentar verdaderos procesos de desintegración social y grupal. Esto sería como suponer que el pobre es “bueno” por el solo hecho de serlo, y el rico es “malo” por el mismo motivo. Esta clase de pensamiento mítico, se encuentra muy presente no sólo en el “sociologismo de Durkheim” sino también en Marx o Weber, y ha condicionado a gran parte de la escuela sociológica europea y estadounidense. (Korstanje 2007, López 2008).

La estigmatización como proceso de interpelación identitario no sólo debilita los vínculos sociales sino que trae consigo patologías de extrema virulencia, como la delincuencia y la drogadicción entre otros. Ahora bien, la solidaridad como mecanismo de cohesión parece no sólo estar condicionado por factores exógenos sino por elaboraciones endógenas muy complejas (Goffman 1998, Puex 2003 y Rossini 2003). Los espacios de territorialización “marginal” pueden no estar integrados solidariamente bajo ciertos contextos pero sí estarlo bajo otros.

Por otro lado, cómo medir empíricamente el grado de desintegración parece ser otro problema de difícil solución (Merton 1965). ¿Cómo elaborar un índice fiable de anomia o debilitamiento de los lazos sociales? Esto presupondría, además, que los individuos son agentes estáticos plausibles para ser manejados y regulados por las estructuras normativas, cuando en la realidad esto sucede en forma inversa. Son los propios individuos quienes, según sus propios intereses, cumplen o incumplen las normas. En consecuencia, el problema de la desviación social es a las claras un asunto más bien situacional que normativo (Perrow 1984, Malinowski 1985 y Turner 1999).

Incluso, la postura de Bourdieu en considerar a la fotografía como un mecanismo de “compensación” contra las privaciones del medio, invita a una lectura propia de la psicología como aquella disciplina de la cual el mismo Bourdieu desdeña en el estudio del problema. ¿Termina Bourdieu, al igual que Durkheim, contradiciéndose al concentrarse exclusivamente en conceptos epistemológicos?

A nuestro modo de ver, diríamos que sí. Bourdieu está preocupado, en primera instancia, de justificar(se) por qué la psicología de las motivaciones no debería estudiar la relación de la fotografía y la cotidianeidad; el interés por ésta no surge de mecanismos internos intra-psíquicos como podría ser la necesidad de posesión (aprehensión) sino de estructuras objetivadas más extensas (como los roles dentro del grupo de pertenencia). Esta excesiva fijación lleva a Bourdieu a descuidar el desarrollo teórico de su problema.

El ego, generalmente, se constituye rechazando aquello que anhela pero por diversos motivos no puede tener. Cuando observamos una mala noticia por la televisión, nos alegramos no por ella misma sino porque no estamos involucrados en ella; hecho por el cual se explica los motivos que subyacen en mirar diariamente y sistemáticamente eventos que nos desagradan (Mead 1999). Este atisbo de sociología interaccionista nos es útil para comprender en forma análoga la relación que existe entre nuestra propia crítica y nuestra admiración hacia un objeto determinado. Lo expuesto hasta el momento sugiere la idea que en investigación social tendemos a criticar aquello que no nos es indiferente. Cuando esta crítica se hace obsesiva, surge toda una gama de mecanismos que equilibran nuestra percepción en forma inversa. Por ese motivo, no parece muy extraño observar como aquéllos que han criticado durante toda su vida académica determinada teoría o disciplina, llegan al final de ella validándola involuntariamente. En otras palabras, tanto la psicología como la sociología se han disputado estérilmente a lo largo de los años su hegemonía sobre diferentes temas que van desde la educación hasta la

regulación del conflicto, las normas sociales y el manejo de la solidaridad. El problema en suponer que ciertas disciplinas deben estudiar ciertos temas, es que se termina validando aquello que se pretende refutar. De esta manera, hay muchas posibilidades de confundir, el escenario epistemológico, el cual señala cómo abordar un problema de investigación, con el experimental, que se refiere a los eventos o hechos objetivos sucedidos en la vida real. Cuando ello sucede, el “cientista” social sustituye “el qué” por “el cómo” y termina validando sus propias ideas y prejuicios con respecto a un tema o, lo que es peor, negando los hallazgos que contradicen su sistema (organizado) de creencias.

En este sentido, al igual que Bordieu, Durkheim puso un gran esfuerzo en explicar por qué la psicología no debía estudiar temas que le competían a la sociología como el suicidio, la educación y la religión; por lo ya expuesto, las conclusiones a las que inevitablemente llega Durkheim con el suicidio fatalista y la anomia, es de una naturaleza “psicológica e individual”; hecho que obliga a Durkheim a no seguir desarrollando la tipología del suicidio fatalista, como ésta merecía (Besnard 1993).

Es menester de esta breve reseña no precipitarse a concluir ni por una postura ni por la otra, ya que el desarrollo del tema requiere de elementos empíricos y estudios que validen o refuten los postulados teóricos de Bourdieu y de la escuela francesa de sociología, pero sí invitar a una reflexión crítica en la materia.

Bibliografía

- Besnard, Phillipe. 1993. “Anomia y Fatalismo en la Teoría Durkheimiana de la regulación”. *Revista Española de Sociología REIS*. Vol 81:41-42.
- Bourdieu, Pierre. 2003. *Un Arte Medio: ensayo sobre los usos sociales de la fotografía*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- Clark Kenneth B. 1968. *Ghetto Negro: los dilemas del poder social*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Durkheim, Emile. 2004. *El Suicidio*. Buenos Aires: Editorial Gorla.
- Goffman, Erving. 1998. *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Korstanje, Maximiliano. 2007. “A través de los ojos de Carl Marx: reseña de los escritos de Marx sobre América Latina en Alberto Fillipi”. *Nómadas 17*. www.ucm.es/info/nomadas/17
- Malinowski, Bronislaw. 1985. *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje*. Buenos Aires: Planeta-Agostini.
- Mead, George. H. 1999. *Espíritu, persona y sociedad*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Merton, Robert K. 1965. *Teoría y Estructura Sociales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- López, Adrián. 2008. “Apuntes sobre ciertas aporías del sociologismo de Durkheim según

sus reglas metodológicas". *Contribuciones a Las Ciencias Sociales*. Febrero. Material disponible en www.eumed.net/rev/cccss.

Perrow, Charles. 1984, *Normal Accidents*. New York: Basic Books.

Puex, Nathalie. 2003. "Las Formas de la violencia en tiempos de Crisis: una villa miseria en el conurbano bonaerense". *Heridas Urbanas: violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*. Miguez D. e Isla A. (comp.). Buenos Aires: Editorial de las Ciencias. 35-70.

Rossini, Gerardo. 2003. "Vagos, pibes chorros y transformaciones de la sociabilidad". *Heridas Urbanas: violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*. Miguez D. e Isla A. (comp.). Buenos Aires: Editorial de las Ciencias. 71-113.

Turner, Víctor. 1999. *La selva de los símbolos*. Madrid: Siglo XXI.